

PAVEL SYSSOEV

**LA PATERNIDAD
ESPIRITUAL
Y SUS PERVERSIONES**

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2022

Tradujo Mercedes Huarte Luxán sobre el original francés
De la paternité spirituelle et de ses contrefaçons

Imagen de cubierta: *El equilibrista* (1923), de Paul Klee

© Les Éditions du Cerf, Paris 2020

© Ediciones Sígueme S.A.U., Salamanca 2021

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2116-8

Depósito legal: S. 2-2022

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
1. QUÉ ES LA PATERNIDAD ESPIRITUAL	15
La fuente de la paternidad divina	15
Nuestro nacimiento	20
Nuestra paternidad	22
Nuestra participación en la obra del engen- dramiento divino	26
La paternidad espiritual del apóstol Pablo ...	29
La paternidad espiritual del esposo de María	34
La paternidad espiritual a través de los siglos	37
2. LOS TIPOS DE ACOMPAÑAMIENTO	45
Algunas precisiones necesarias	45
La naturaleza y la gracia	49
La paternidad espiritual y el sacerdocio	53
La paternidad del sacerdote	56
El clericalismo: ¿una explicación universal?	58
La confesión habitual	59
El consejo espiritual	63
El acompañamiento o la dirección espiritual	66
La paternidad espiritual	74

3. LAS PATOLOGÍAS DE LA PATERNIDAD	81
La negación y la desvalorización	83
Patologías por defecto	88
La renuncia	95
El formalismo	96
El diletantismo	102
El autoritarismo y la seducción	105
El autoritarismo	105
La manipulación seductora	110
Conclusión	113
4. CAUSAS DE LAS PATOLOGÍAS Y VÍAS DE CURACIÓN	117
¿Humildad o autosuficiencia?	119
Homosexualidad y paternidad espiritual	121
El celibato sacerdotal	127
Las falsas expectativas	129
El lugar de las virtudes	131
El desprecio a la ley	134
CONCLUSIÓN	139

PREFACIO

Detrás de estas páginas hay rostros concretos e historias particulares. No puedo por menos que tener presentes aquí a todas las personas que han sufrido abusos espirituales en el seno de nuestra Iglesia. Deseando entregarse a Dios, se pusieron en manos de falsos maestros que desviaron su búsqueda. Su recuerdo me atormenta. ¿Cómo entender lo que ha sucedido? ¿Cómo acompañar a cada una de las víctimas? ¿Cómo podemos contribuir a curar sus heridas?

Por mucho tiempo que haya transcurrido, es como si estuvieran condenadas a revivir una y otra vez aquellas horas trágicas de su historia. Por lo común, se trata de historias que rebosan generosidad e ingenuidad, honestidad y mentiras, con unos hombres y unas mujeres que pretendían guiar a otros por los caminos del Evangelio, incluso con buena intención, pero que terminaron extraviándolos al erigirse en los dueños y referentes de su vida interior.

Hay abusos sexuales —y a este respecto se está realizando un gran trabajo que espero de todo co-

razón que sanee radicalmente la vida de la Iglesia—, pero estos abusos pueden ser solo uno de los síntomas de un mal más profundo y extendido. Apoderarse de la voluntad del otro, controlar su vida de oración, sus decisiones, sus ideales, su relación con Dios —el ámbito, sin duda, más íntimo que existe— y alienar su conciencia: todos estos abusos no conducen necesariamente a abusos sexuales, pero sí pueden causar daños muy graves a una persona.

Les debemos a todas estas víctimas una verdad que ciertamente no es una curación, pero sí una de sus condiciones. Tenemos que escucharlas y entenderlas.

Son numerosos y terribles los testimonios que están saliendo a la luz, los cuales, paradójicamente, suscitan alguna esperanza. Esperanza, sí, pues, a fin de cuentas, la verdad nos hará libres. Es dolorosa, monstruosa incluso, pero abre un camino de vida. Escuchar a las víctimas, abstenernos de respuestas precipitadas, obligarnos a considerar las cosas a partir de Dios, pero también a partir de la veracidad de sus experiencias, del deseo de una vida plena y recta que sigue brotando en nosotros a pesar de toda la podredumbre con que nos hemos topado.

Si el dominio espiritual resulta tan monstruoso, es porque parasita un bien. Allí donde debería

desarrollarse una relación de confianza desde la libertad de los hijos de Dios y el respeto al misterio de cada uno, se instala un vínculo agobiante, falso y perverso. Una vocación que podría florecer se trunca; una búsqueda que debería llegar a buen puerto termina en un callejón sin salida; y un nacimiento en Dios es abortado. ¿Irreparablemente? Sí y no.

Es irreparable, porque resulta imposible recuperar la frescura y la generosidad de los comienzos. Al igual que un mal entrenamiento físico o de la voz puede echar a perder una prometedorra carrera deportiva o musical, así también un acompañamiento espiritual adulterado hace fracasar irremisiblemente a quienes lo sufren. Será necesario, entonces, buscar otra vía.

Llegados a este punto, hemos de afirmar rotundamente que esta otra vía existe. Dios no encierra a nadie en lo averiado e irreparable. Nuestro pasado no es en absoluto una prisión, y nadie está constreñido a ser solo una víctima. Es cierto que ello exige un trabajo inmenso, una gran dosis de valentía y disposición a empezar una y otra vez, pero es posible.

Al comienzo de este libro me gustaría rendir un sentido homenaje a la perseverancia y a la dignidad de las personas que luchan por reconstruirse después, a pesar y más allá de los abusos espiri-

tuales que han sufrido. La llamada a la vida permanece. Dios nunca abandona su obra. Cuando un camino se bloquea, el Señor abre otro. Cuando unas mediaciones creadas se muestran deficientes, la generosidad de Dios suscita otras.

He escrito esta obra tratando de evitar todo sensacionalismo. Los abusos, al igual que cualquier otra monstruosidad, pueden suscitar cierto morbo; los hechos impactan en la imaginación y entonces parece fácil juzgar. Pero tal facilidad es ilusoria. Las historias son complejas y los puntos de vista se complementan. Un testimonio nunca es un hecho bruto, sino teñido por una percepción particular y por una manera de narrarlo. He querido, pues, ampliar el horizonte, y recordar que, por encima de sus deformaciones, la paternidad espiritual es un precioso y magnífico don de Dios. ¿En qué consiste esta paternidad? ¿Cómo se desarrolla? Los dos primeros capítulos proponen un marco para adentrarse en este misterio antes de abordar sus patologías. Los dos últimos hablan de los tipos de abuso, de sus causas y de los caminos de curación. Espero que estas páginas, sin duda demasiado parciales, sean útiles a quienes desean abordar estas cuestiones.

¿Era necesario recordar cosas elementales y básicas? En un primer momento lo dudé; sin embargo, al recordar algunas situaciones particula-

res, ciertos casos concretos en que los abusos fueron posibles porque no se habían respetado los fundamentos, he preferido repetirlos, aun cuando esto resulte superfluo para muchos lectores. Tanto mejor. Si estas disposiciones inculcaran en las mentes el abecé del acompañamiento espiritual, daría por cumplido mi objetivo.

Reitero, por último, mi profunda gratitud hacia mis maestros, hombres y mujeres, laicos y sacerdotes, unos cultos, otros sencillos (y a menudo las dos cosas a la vez), que me abrieron los caminos de la vida espiritual. Día tras día me doy más cuenta de que cada uno de ellos ha sido una gracia y un don.

Quiero dar asimismo las gracias a todas las personas que, con su paciencia y sus consejos, con su aliento y su ayuda, han contribuido a la publicación de esta obra.